



de la comision con respeto á la línea de demarcacion pontificia, dice Humboldt más lejos: «Las líneas de demarcacion papal merecian mencionarse exactamente, porque han tenido una grande influencia en los esfuerzos intentados para perfeccionar la astronomía náutica y los métodos de longitud» (1).

Los enemigos de la Iglesia, los detractores del pontificado, sin embargo de ponerle en duda el derecho de hacer tan asombrosa donacion, se ven obligados á confesar la sabiduría de su operacion, y lo grande de la recompensa concedida al fervor religioso de España. El mismo Montesquieu, apreciando en el fondo la decision pontifical, se ocupa de la célebre línea de demarcacion y dice, hablando como magistrado que, con ella, el papa Alejandro VI, «falló un gran proceso» (2). Y despues de haber querido calificar de imprudencia la señal decretada por el soberano pontifice, Irving se ve precisado á rendir homenaje á la línea, tan sábiamente trazada de un polo á otro por su santidad» (3).

(1) Humboldt. *Cosmos. Ensayo de una descripcion fisica del mundo*, t. II, p. 571 y 72.

(2) *Espiritu de las leyes*, t. II, lib. XXI, cap. XVIII, pág. 75.

(3) *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. V, cap. IX, p. 370 Edicion de 1828.

De cualquier creencia que seamos, bajo cualquier punto de vista que nos coloquemos, queda de manifesto para todos en este debate, que la Santa Sede tuvo más confianza en Colon que la corte de Castilla; que el revelador del globo fué mejor juzgado por la Iglesia que por el gobierno á quien servia, y que á causa de haber puesto en duda la infalibilidad apostólica, y preferido la prudencia del hombre y su pretendida ciencia á la autoridad soberana que habia invocado en un principio, España redujo por sí misma la inmensidad de su privilegio, y aminoró contra su voluntad, su asombroso presente.

Si se examinan con imparcialidad los documentos de este conflicto entre las dos potencias católicas, conflicto que supo prevenir la suprema sabiduría del pontificado, no podremos menos de experimentar un sentimiento de sorpresa y de respeto, al ver de qué modo vinieron los acontecimientos á justificar la prevision, la certeza y las bendiciones de la Santa Sede, que en esto obró como la Providencia, que en sus premios colma siempre la esperanza del hombre. Por haberlo querido hacer mejor que ella, perdió España la mayor parte del rico legado que le hiciera, y para castigar su orgullo no tuvo Dios más que abandonarla á sí misma. La satisfaccion de sus deseos fué su primer castigo.

CAPÍTULO XXIII.

Encuentra Colon en la Isabela á su segundo hermano D. Bartolomé, el geógrafo, de quien no tenia nuevas de ocho años atrás.—Pronto restablecimiento del almirante.—Recibe la primera carta que haya llegado de Europa al Nuevo Mundo.—Regalos que le hace Isabel.—Excesos cometidos durante su ausencia.—Infame conducta de Margarit y del P. Boil.—Conspiracion general de los caciques. Mantiénese fiel Guacnagari por amor á Colon.—Viene á buscar al almirante y le denuncia la trama.

Lo que llevaba la *Santa Clara* en su castillo de popa con el nombre de almirante era un cuerpo inmóvil, sin conciencia de su sér. El 29 de Setiembre entró la flotilla en el puerto deseado, con gran contento de la colonia que, con cinco meses de ausencia, estaba temerosa de alguna catástrofe. Al fin, despues de un sueño de cinco dias con sus noches, una voz, muy conocida del corazon del virey, vino á sacarlo de su letargo, encontrándose al despertar en los brazos de D. Diego y D. Bartolomé, de quien por espacio de más de ocho años no habia tenido noticias.

Este inesperado encuentro apresuró su restablecimiento, porque para una naturaleza tan sensible como la de Colon, el regocijo del alma era el remedio más eficaz. La Providencia preparó tan consoladora sorpresa á su servidor, que halló en sus dos hermanos un verdadero apoyo en el momento en que el cansancio, las traiciones y las rencillas, fomentadas á su placer durante su ausencia, le hacian de absoluta necesidad su amor y su lealtad.

Ya dijimos, y no nos cansaremos de repetirlo, que en la vida prodigiosa de Cristóbal Colon todo es ejemplo y enseñanza, y que los incidentes, los hombres, y las cosas que á ella van unidas, tambien contienen su instruccion, porque la crónica de su vida es el compendio de la historia de la humanidad. Si el cuadro de la familia del cardador genovés es un modelo para los menestrales, el recuerdo de la union fraternal de sus hijos durante su vida no es menos grato y dulce al espíritu.

Como desde este momento los dos hermanos del almirante van á representar un gran papel en los sucesos de la colonia, y á participar de su vida política, conviene saber cuáles eran ambos auxiliares que la mano del Señor traia al lado de su mensajero.

Bartolomé Colon habia salido de Lisboa el año 1485, para ir de parte de su hermano á proponer al rey de Inglaterra el descubrimiento que rehusó emprender el de Portugal. El buque donde iba dió en manos de piratas que, despues de despojarlo, lo dejaron abandonado





en una playa desconocida, necesitando de toda su energía para salir de su mísero estado, lograr reponer su equipaje y llegar al término de su camino, en lo cual invirtió muchos años, confeccionando esferas y cartas para navegantes, antes de verse en disposición de llegar á las costas de Inglaterra. Allí tuvo que aprender primero la lengua del país, buscar el modo de crearse medios de subsistir, adquirir relaciones y estudiar las costumbres y el ceremonial de la corte (1); por eso hasta mediados del año de 1493 no obtuvo audiencia de Enrique VII, quien gustó del proyecto. Para hacer más clara su demostración pintó Bartolomé un hermoso mapa-mundi, y fueron tan concluyentes sus razones, que el soberano acogió inmediatamente la idea, y dijo que se encargaba de todos los gastos de la expedición, haciendo con él un proyecto de tratado. Bartolomé partió en seguida en busca de su hermano, y mientras venía á España, pasando por París, la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo y la recepción triunfal de Colon llegaron á Londres. El rey de Francia Carlos VIII, acogió afectuosamente al hermano del hombre que había ensanchado los límites de la tierra, y él mismo le anunció este acontecimiento, y la elevación de Cristóbal al rango de almirante y virey. Sabedor de que iba á España por sus estados, le hizo aceptar cien escudos de oro para los gastos que pudiesen originársele en su reino.

A pesar de su prisa, cuando Bartolomé llegó á Sevilla, ya el almirante había salido para su segundo viaje. Entónces sacó á sus sobrinos Diego y Fernando de casa de su cuñada doña Beatriz Enriquez, donde estudiaban, los llevó á Valladolid, y los presentó á los reyes. Isabel encontró entrambos jóvenes muy bien enseñados, felicitó á su tío por el buen porte que ya tenían, y quiso que quedaran en palacio. El aire marcial y caballeresco de D. Bartolomé, su facilidad para los idiomas, su conversacion y su experiencia agradaron mucho á D. Fernando, juez excelente de cualidades de guerrero, y cuando se conoció su capacidad como ma-

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo X.

rino, deseó la reina utilizarlo, tanto por su mérito personal, como por complacer al almirante. Bartolomé recibió, pues, cartas de nobleza, y el mando de tres buques, que debían llevar víveres á la colonia, dándose á la vela en seguida que Fonseca diera por concluido su armamento. Pero cuando llegó á la Española, acababa de partir su hermano para su exploración de Cuba. Al fin ya estaban reunidos, y su presencia era un socorro inapreciable para Colon, que volvía estenuado de cansancio.

Bartolomé había comenzado á navegar pocos años después que su hermano, y como viajó mucho con él, unía á la seguridad de la práctica la buena teoría. Próvida con su persona la naturaleza, sus facciones tenían grande atractivo, rebosaban franqueza y jovialidad en su estado normal, y armonizaban perfectamente con su estatura elevada. Su aspecto y sus fuerzas de Alcides recordaban los héroes de bronce vaciados en moldes antiguos. Dotado de una intrepidez caballeresca, y muy diestro en el manejo de las armas, sabía imponer respeto en torno suyo, penetrado como estaba de su fuerza y su valor. Hubiérase dicho que vino al mundo para mandar: poseía la seguridad, la espontaneidad de resolución y el acierto, dotes tan esenciales para ejercer dominio, y si su lealtad no le hubiera hecho eclipsarse en la gloria de su hermano, habría podido hacerse célebre por sí mismo; que en grado tan superior reunía el instinto militar, el ingenio del marino y la previsión del administrador.

El accidente que lo arrojó desnudo á un país, cuya lengua ignoraba, y del que á fuerza de valor, de trabajo, de economías, á costa de su sustento por espacio de muchos años, por amor fraternal llegó á salir, y la manera con que dió cumplimiento á su mensaje, dicen bastante de lo enérgico y firme de su carácter.

Su palabra era pronta y su estilo vivo y lleno de elegancia: en él la observación suplía al estudio. Hablaba el latín, el italiano, el portugués, el danés, el inglés y el español: poseía el dón de la oportunidad, y el de gobernar y organizar: era buen católico y amante de la religión; mas su piedad no era tierna y elevada como la de Cristóbal: ignoraba las dulzuras



de la vida interior; no reprimía siempre los bruscos arranques de su genio, ni sus impetus con los caballeros de la corte, arteros obstáculos que la vanidad castellana oponía al cumplimiento de las buenas obras de su hermano.

Don Diego, hermano segundo del almirante, no se parecía á D. Bartolomé, sino en el amor grande y absoluto que le profesaba. Nació mientras sus dos hermanos navegaban, y carecía de su robusta complexión. Su niñez enfermiza exigió grandes cuidados, y como las madres quieren á sus hijos á medida de las inquietudes y desazones que les causan, y de los afanes que les cuestan, y además Diego era el último fruto de Susana, y el único que permaneció siempre en el hogar paterno, lo retuvo cariñoso á su lado todo el más tiempo posible. Contaba diez y seis años cumplidos cuando entró de aprendiz en casa de Luchino Cadamatori, cardador de Savona.

En la época en que el almirante volvió de su primer viaje, Diego salió de su casa obedeciéndole, pues lo llamaba. Con aquella docilidad en cumplir los deberes, y aquel instinto de urbanidad, efecto de las excelentes cualidades que parecían caídas como una bendición sobre la familia del anciano cardador, Diego al encontrarse en la corte, se halló repentinamente al nivel de su nueva situación. Su tierna admiración por su hermano y la observancia de sus ejemplos y recomendaciones le inspiraban lo que debía saber; su amor se ennoblecía con el sentimiento religioso, y veneraba en él el ingenio y la piedad. Diego no ambicionaba ni fama, ni honores, ni riquezas, ni su pronta elevación lo enorgullecía, porque su corazón pertenecía á Dios: vivía en el mundo sin amarlo, por pura obediencia, porque tal era la voluntad de su hermano, su jefe y superior, al que consideraba como un segundo padre: no aspiraba sino á servir á Dios, y ocupaba siempre los diversos cargos que le señalaba el almirante, como puestos que era voluntad de la Providencia desempeñase.

Su gusto lo inclinaba á la soledad y al estudio de las letras, que le brindaban de tarde en tarde con sus encantos, y cuando un momento de reposo le permitía hojear los libros

de sus hermanos. A los afanes de la alta administración hubiera preferido la paz y la oscuridad; pero lleno de resignación, se complacía en servir á su hermano, porque su hermano era su gloria y su ambición. Para sí no deseaba más que la vida retirada, ignorada de los hombres, y conocida tan sólo de Dios. Parece que jamás ningún amor terrenal tuvo entrada en su pecho. Encerrado en su habitación, imitaba los hábitos regulares del almirante, recitando los oficios todos los días, y elevando su alma al Creador. Aquella abnegación y aquella existencia voluntariamente apartada del primer término, multiplicando sin esfuerzo los sacrificios, garantizaban al almirante de una vigilancia á toda prueba, mientras que las vigorosas cualidades de Bartolomé llevaban á sus órdenes la experiencia, la previsión, la fuerza, en una palabra, los medios de emprender y de ejecutar.

Además de las noticias que trajo de España D. Bartolomé, el almirante recibió otras más recientes por Antonio de Torres, que llegó con cuatro carabelas cargadas de provisiones, medicinas, ropas y mercancías que había pedido, y conduciendo para el servicio del hospital un médico y un farmacéutico, y además algunos trabajadores, como mineros, jardineros etc. También traían las carabelas ganado de semilla, y diferentes objetos, destinados unos á los enfermos y otros á la casa del almirante.

Ingeniosa y delicada en las atenciones que prodigaba al revelador del globo, la reina, recordando cuánto gustaba Colon de la buena ropa, de los perfumes, de las cosas sencillas, pero escogidas, como asimismo su frugalidad, quiso formarle un suplemento de mueblaje y provisiones que fuera de su agrado. Estas interioridades, tan prosáicas en otras circunstancias, tienen en las presentes un dulce y grato interés, porque la amistad de la reina, y la previsión afectuosa de su solicitud por el bienestar del grande hombre, realzan mucho cada uno de tan vulgares detalles. Jamás se han mencionado estos arreglos de familias entre las dos más nobles existencias de la humanidad. Hélos aquí.

Para su cuarto:

Una cama de seis colchones, forrados de





lienzo de breña, tres pares de sábanas de Holanda, cuatro almohadas de lo mismo, una colcha calada y un almoadon con franjas para los piés; una colgadura que, en memoria de su afición á los paisajes, representaba en sus dibujos árboles de Europa, con dos mamparas de la misma tela y dibujo, y una alfombrilla de brillantes colores, para los piés de la cama. Dos cofres con sus fundas, y cuatro coberteras de lujo con sus armas. Diez manos de papel para su correspondencia, y cierta cantidad de perfumes, á los cuales se añadieron veinticinco libras de agua rosada, y otras tantas de azahar.

Para su mesa:

Cuatro pares de manteles finos, seis docenas de servilletas, seis lavamanos, dos cazuelas de plata, cuatro candelabros de bronce dorado, dos vasos, un salero, doce cucharas de plata, doce cirios dorados, y treinta libras de velas de cera (1).

Para su gasto:

Un saco de arroz y una libra de azafran, especia obligada de la sopa de arroz, y del arroz cocido con manteca y carne de los genoveses. Un quintal de dátiles, dos de pasas, uno de azúcar blanco, otro de miel, cincuenta libras de frutas en dulce, sin pepita, doce cajas de diversas conservas, veinte libras de toronjas confitadas, doce cajas de dulce de membrillo, doce tarros de azúcar rosado, dos botijas de aceitunas, doce fanegas de almendras, ocho arrobas de aceite de oliva, y setenta y cinco libras de manteca de puerco. Sabiendo el mucho consumo de huevos frescos que hacía, y para que nunca le faltaran, le envió cien gallinas y seis gallos. Y finalmente, para sostener su único lujo, el asco, setenta y cinco libras de jabon.

Como Isabel no se olvidaba nunca de nadie, ni ignoraba el paternal cuidado del almirante con sus sirvientes, le remitió con ese objeto doce colchones, doce pares de sábanas, doce colchas, ochenta camisas, ciento veinte pares de zapatos, y cien anas de paño de Nitré, con seis libras de hilo fino, y tres onzas de

(1) Colección diplomática, Documento número LXXVII.

seda negra, para coser y componer los vestidos (1).

Pero lo que más efecto hizo en el corazón del almirante, fué el contento que habían experimentado los reyes, y que se manifestaba en la deferencia con que lo trataban en sus cartas, en las cuales reconocía la dulzura del estilo propio de Isabel. Le hablaron los soberanos en los siguientes términos, en una correspondencia laudatoria y casi respetuosa: «Si hubiéramos estado presentes habríamos tomado vuestro consejo» (2). Le daban cuenta de los arreglos con Portugal, para el comercio de la costa de África, y del acuerdo firmado en 7 de Junio con la misma potencia, relativo á la línea de demarcación del Océano; confirmaban todos sus nombramientos de diversos cargos y oficios; aprobaban y accedían á sus demandas, y acompañaban sus afectuosas palabras de una cédula real, mandando á los que residían en las Indias, obedecerle como virey y como gobernador.

Las órdenes transmitidas al arcediano don Juan de Fonseca, ordenador general de la marina, para la prosecución de los envíos de todas clases á la colonia, y el proyecto de establecer una correspondencia regular con la Española, despachando cada mes una carabela, prueban lo bastante el deseo de los reyes de fundar en ella la dominación castellana. Y como una de las cosas que más preocupaban á Isabel para el porvenir de la colonia, era la propagación de la fe católica y la salud del alma de los indígenas, principal propósito del descubrimiento, escribió al P. Boil, para reanimar su celo y hacerlo persistir en la empresa de la conversión de los indios, esforzándose por evangelizar al indolente misionero (3), y asegurándole que con voluntad y perseverancia vencería las dificultades del idioma.

(1) Colección diplomática, Documento número LXXVII.

(2) Real provision, 16 de Agosto de 1494. Documentos diplomáticos, n.º LXXX.

(3) «Animaban los reyes al P. Boil á perseverar en la isla y en el santo propósito no obstante, haber él escrito que era inútil su permanencia.» Muñoz, Historia del Nuevo Mundo, lib. V. § 24.



Una carta de la reina, fechada en 16 de Agosto de 1494, estaba escrita ex profeso para consolar al almirante y refrigerar su espíritu con su dulce simpatía.

Esta carta, la primera que ha llegado del antiguo al Nuevo Mundo, es de una importancia íntima para la historia de Cristóbal Colon, porque recuerda el fin verdadero de su descubrimiento con una franqueza y sencillez angelicales. Con ningún pretexto nos sería dado sospechar, como lo ha hecho la escuela protestante, de cierto interés político en la manifestación de estos sentimientos religiosos, porque hacia un año que Castilla, gracias á las bulas pontificias de los días 3 y 4 de Mayo de 1493, estaba en posesión legítima de las tierras descubiertas, y de las que podría descubrir al O. en el Océano. De consiguiente, cualesquiera demostraciones de celo católico eran superfluas é innecesarias. Además, la citada correspondencia administrativa no estaba destinada á ser vista por otros ojos que los de Colon, y así, al hablar la soberana al mensajero de la cruz, se la escapaban del corazón los secretos.

Dijole primero Isabel: «Gran contento hemos tenido al leer las cosas que nos habeis escrito, y damos muchas gracias á nuestro Señor por todo ello, porque esperamos que, con su ayuda, este negocio vuestro, será causa de que nuestra santa fe católica sea mucho más acrecentada» (1).

La gloria de Jesucristo, el acrecentamiento de su Iglesia, tal es la primer palabra de esta comunicación, en la que, ante todos los pormenores de interés político ó comercial, se trata de la propagación del catolicismo.

Después de haber hecho constar el verdadero propósito de Colon, sin saberlo, la reina justificó igualmente, que este propósito era de la propiedad exclusiva y personal del héroe. Isabel, que habia seguido con sus ojos el desarrollo de la idea de Colon, y pesado las razones objetadas por sus contradictores, sin preverlo, refutó de antemano á los futuros detractores de su gloria, pues su precioso testi-

(1) Carta fechada en Segovia el 16 de Agosto de 1494, visada por Fernando Alvarez.

monio estableció desde el 16 de Agosto de 1494, que la idea, el objeto y el proyecto del descubrimiento, fueron el fruto de una inspiración espontánea, madurado por el estudio, y no la ejecución de planes de otro; el repugnante plágio que pretendieron más tarde sus enemigos.

Decía la reina: «Y una de las principales causas porque nos ha placido tanto, es por ser inventada, principiada é habida por vuestra mano, trabajo é industria. Y nos parece que todo lo que desde las primeras conferencias nos anunciásteis debía suceder, se ha efectuado en mayor escala, con una exactitud tan grande como si lo hubiésteis visto ántes de decirnoslo» (1).

Hablábale del placer que experimentaba con la lectura de sus cartas, de lo obligada que le quedaba por sus grandes servicios, de su deseo de recompensárselos dignamente, y al mismo tiempo que le daba las gracias por sus detalles, se los pedía más amplios acerca de aquellas regiones anexionadas á la corona. Su gran curiosidad de conocer los misterios de la naturaleza, estimulada por su amor ardiente á las obras de Dios, la impulsaba á inquirir el número, la extensión, las distancias respectivas de las islas, sus nombres primitivos, sus productos y su clima; porque se discutía mucho á su alrededor, sobre todo de su temperatura, llegando algunos á pretender, que reinaban en ellas dos inviernos y dos veranos al año. Anhelaba poder trasladarse de repente, como por encanto, bajo el hermoso cielo de las Indias, contemplar las magnificencias equinocciales, y extasiarse hasta la saciedad en medio de las espléndidas decoraciones de su poderosa naturaleza. No pudiendo hacerlo así, quería, al ménos, que la enviasen plantas y animales, en particular las clases de pájaros que fuera posible traer, y decía con infantil donaire: «Desearíamos verlos todos.» Fácil es comprender el gozo que experimentaría el contemplador de las obras de Dios, con la comunidad de simpatías y de admiración religiosa que advertía en su reina. Su ardiente y poderosa imaginación se representaba á Isabel en su afligranada y esmaltada re-

(1) Documentos diplomáticos, núm. LXXIX.